Proyección cultural de la Universidad de Salamanca: jalones para una historia del reformismo salmantino

M.ª D. Gómez Molleda

Para los que aún creemos en la responsabilidad social de la universidad y en su capacidad de contribución a la solución de los problemas del mundo contemporáneo. Para los que profesamos la idea de que, parangonando un pensamiento de Horkheimer, la universidad *se opone a sí misma cuando sabe adaptarse con demasiada pericia a la realidad que debería decantar,* el tema de esta conferencia constituye motivo de una especial satisfacción.

Porque la mirada a la historia nos confirma que la Universidad salmantina nunca supo adaptarse con pericia a la realidad, sino que trató de *decantarla* sumándose a la avanzada intelectual de los que en el pasado lucharon por metas y proyectos mejores de cultura y civilización.

Y esta es la faceta que queríamos subrayar en esta exposición, ante quienes vienen a ponerse en contacto con el ambiente salmantino.

Es tan espléndida la historia de la Universidad de Salamanca y tan deslumbrante la teoría de nombres ilustres —profesores y alumnos que pasaron por sus aulas— que a veces se nos escapan aspectos *intrahistóricos* —como diría Unamuno— de ese mismo pasado que por sí solos podrían dar razón de que el nombre de Universidad en Salamanca se ha llenado cumplidamente.

Ciertamente podríamos detenernos en recordar cómo nuestra universidad fue teóloga y jurista con Domingo de Soto, Francisco Suárez o Vitoria; filóloga y gramática con Antonio de Nebrija o Beatriz Galindo; matemática con Pedro Ciruelo; americanista con Bartolomé de las Casas; maestra en Ciencias Sagradas con Alfonso de Madrigal y escritora y enseñante insigne de todos los saberes clásicos y modernos con Arias Montano, Antonio Agustín, Melchor Cano, Francisco Salinas o fray Luis de León.

Pero nuestra reflexión no va por estos cauces. Quisiéramos señalar de modo breve la tarea muy adecuada a la idea que nuestra universidad siempre ha tenido de sí misma, de decantadora de la realidad, es decir, de crítica y de innovadora, como consecuencia lógica de su espíritu científico y de su horror al inmovilismo atenazante.

Porque en Salamanca no sólo se ha pensado creando y se ha hecho ciencia sin contentarse con lo recibido, sino que se ha denunciado sin miedo al riesgo la irracionalidad de la cultura establecida, y se ha tratado al mismo tiempo de descubrir y de manifestar las líneas de desarrollo más grávidas de razón y de futuro para esa misma cultura.

Es una centenaria y polémica historia de nuestra universidad que corre pareja a los momentos más graves de crisis del país y que se inserta en el corazón de la historia de tensiones —ideológicas, sociales y políticas— que ha sido la viva historia de España. Jalones de una historia del espíritu reformista de nuestra universidad,

Centro Virtual Cervantes

más opaca y menos brillante tal vez que la historia de los grandes nombres salmantinos, pero a nuestro juicio no menos importante y densa. La concretaremos en tres momentos de nuestra historia contemporánea: el de la revolución cultural del siglo XVIII al XIX; el momento del Desastre; y la etapa de los años veinte-treinta de nuestro siglo. En cada uno de los cuales la Universidad salmantina *proyecta su pensamiento renovador.*

Salamanca y la revolución cultural en el cambio de siglo

La presencia crítica de nuestra Universidad comienza a acusarse en uno de los momentos más importantes de nuestra historia cultural contemporánea: el momento de la duda de España sobre sí misma, en el quicio del siglo XVIII al XIX.

Hasta el siglo XVII los españoles han vivido satisfechos de su pasado y seguros de su porvenir. Pese a la conciencia de derrota política y militar que empieza a acusarse en este centuria. Una situación de ánimo levantado es, en general, el estado colectivo de la España del seiscientos. Una España que ha separado las armas de las letras y el fracaso de sus empresas exteriores, de sus triunfos en el espíritu. Ello, aunque se oigan ya la voz de un Ginés de Sepúlveda, por ejemplo, quejándose de la pérdida de algunas virtudes españolas a causa del lujo y la molicie. Pero el problema de la recuperación de la sobriedad se mira como un problema de posible solución para la comunidad nacional.

Tenemos que llegar al XVIII para encontrar *la España que duda de si misma,* propiamente hablando, y a la hora de los ilustrados españoles, Campomanes, Cabarrús, Olavide, Jovellanos. Encontraremos ya diagnósticos sobre la decadencia y unos planes de reforma en los que la universidad, la juventud y su educación en última instancia comienzan a jugar un papel importante. Se piensa en la *conveniencia* de formar un hombre nuevo español, un hombre menos hidalgo, pero *más útil.* Pasa a primer plano la finalidad social de la educación propia del setecientos. La felicidad pública, mirada bajo el prisma de la prosperidad material de la nación, se hace el principal objetivo de la preocupación educativa. Y los planes de enseñanza vendrán insertos dentro de un ancho plan de regeneración nacional. En función del concepto económico de la decadencia española, el ideal propuesto para la formación de la juventud será un ideal distinto del anterior: «pan y luces y luces que traigan el pan». Como testimonio de esta preocupación bástenos citar uno de los textos más sugerentes de Jovellanos en el Elogio de Carlos III.

> ¿Cuáles son las útiles verdades que recogió [España] por fruto de las vigilias de sus sabios? ¿De qué le sirvieron los estudios eclesiásticos...? ¿De qué la jurisprudencia?... ¿De qué las ciencias naturales, sólo conocidas por el ridículo abuso que hicieron de ellas la Astrología y la Química? ¿De qué, las matemáticas, sólo cultivadas especulativamente y nunca convertidas ni aplicadas al beneficio de los hombres? Y si la utilidad es la mejor medida del aprecio, ¿cuál se deberá a tantos hombres como se nos citan a cada paso para lisonjear nuestra pereza y nuestro orgullo?

Para encontrar elaborado el tipo de juventud «útil», contrapuesto a la hidalga de los siglos anteriores, tendríamos que introducirnos en las reuniones de Quintana con sus amigos, en las de los Moratines, en el Salón de las Sociedades de Amigos del País, o sencillamente en algunas de las aulas y tertulias universitarias de Salamanca.

La Universidad de Salamanca tenía por entonces, a fines del siglo XVIII —escribe Dávila— «un excelente colegio de filósofos con muchos medios materiales de

BOLETÍN AEPE Nº 26. María D. GÓMEZ MOLLEDA. Proyección cultural de la Universidad de Salamanca: Jalo...
Centro Virtual Cervantes

enseñanza, un acreditado colegio de jurisprudencia, y una docta escuela teológica...».

Y asimismo contaba con una juventud universitaria sumamente inquieta y amiga de innovaciones, acostumbrada por sus profesores a la discusión y a la crítica de las cuestiones públicas, especialmente de aquellas que afectaban a la Universidad.

En las tertulias salmantinas se mezclaban las corrientes ideológicas con las políticas, no olvidemos que cuando la convivencia nacional no está resuelta, como subrayó Fernández Carvajal, el pensamiento quiérase o no se quiera se tiñe de política y hasta los intelectuales más asépticos se convierten en intelectuales comprometidos. Y con los problemas ideológicos y políticos aparecen los pedagógicos. Lo pedagógico impregna la vida intelectual de España. Cada crisis política dará lugar a nuevos planes de estudio y a entidades de cultura destinadas a la divulgación de la ciencia, que se creen llamadas, normalmente mediante la importación ingenua de modelos extranjeros, a regenerar el país.

El grupo reformador de la Universidad de Salamanca estaba presidido en el momento a que nos referimos ahora por Ramón Salas, Catedrático de Derecho (cuya vida y pensamiento ha sido estudiada recientemente en una tesis doctoral).

En torno a él y a otra figura de gran prestigio en la Universidad Meléndez Valdés, que fue discípulo de Salas y maestro de Quintana (figura estudiada por el hispanista Derozier), arraiga el grupo ilustrado salmantino más comprometido con las que estima reformas inexcusables de la vida pública española. En este grupo figuran Cadalso, Nicasio Gallego, José Bartolomé Gallardo y Nicasio Alvarez Cienfuegos, escolares todos de las aulas salmantinas.

El grupo estaba en estrecha relación epistolar con Jovellanos, el gran reformador del siglo XVIII español y protector del obispo Tavira, el «Fenelón español», obispo de Salamanca, gran amigo de Meléndez y del propio don Melchor.

Esta elite intelectual de Salamanca no podía estar ajena a la preocupación renovadora. La propia Universidad vivía ya cuestionándose a sí misma y persiguiendo la renovación profunda de la institución universitaria. Actitud reformista que se materializaba tanto en la proposición de nuevos planes de enseñanza para las propias facultades —el de medicina de Francisco Vélez y de Juan Medina de 1766, o las propuestas sobre la renovación del estudio de las matemáticas y de la filosofía de Tadeo Ortiz o Meléndez Valdés— y que se hace patente asimismo, en las reuniones de profesores y alumnos en las que puede recogerse una verdadera antología de juicios críticos sobre la situación universitaria.

Encauzador de las polémicas científicas era por entonces el rector don Diego Muñoz Torrero, que más tarde, como sabemos, habría de presidir las revolucionarias Cortes de Cádiz.

Ahí están las palabras del rector Torrero, en su lucha con el inmovilismo académico: «Toda la nación tiene derecho a que la Universidad no piense en otra cosa más que en proporcionar a los jóvenes los medios necesarios para hacer sólidos progresos en sus facultades respectivas», contribuyendo a instaurar en su debido puesto a las nuevas disciplinas: «a la medicina y filosofía, que ocupan la atención de las principales academias de Europa». Torrero enlazaba con la línea de Torres Villarroel cuando enfrentándose con algunos colegas salmantinos demasiado aferrados a ciertas tradiciones exclamaba: «que no se diga en los siglos venideros que la Universidad de Salamanca, por los años de 1761, dudó o se opuso a la enseñanza y adelantamientos de las ciencias útiles».

O esas otras palabras de Ramón de Salas en sus lecciones de Derecho público internacional, adelantándose ya a la modernidad: «La Instrucción constituye el

Centro Virtual Cervantes

único medio para unir al pueblo y convencerle de sus derechos e intereses», que suenan a las célebres frases de Machado al hablar de la necesaria difusión de la cultura en sus textos sobre la *Escuela Popular de Sabiduría Superior*.

Dado este ambiente, no es extraño que Salamanca fuese también el primer Estudio español donde hallaron eco entusiasta las nuevas ideas políticas que se impusieron en España con las Cortes de Cádiz, cosa que habría de costarle en 1814 nada menos que la pérdida de cátedra de doce de sus más prestigiosos profesores y el descenso sensible de su matrícula, ya que por temor a represalias del gobierno absolutista de Fernando VII muchas familias retiraron de la Universidad la matrícula de sus hijos.

El cambio de régimen trae consigo la interpretación política de la decadencia. El Reformismo pedagógico de principios del XIX, además de nombres útiles, buscará formar ciudadanos, hombres capaces de asimilar y sostener el nuevo sistema constitucional clave de la modernización del país. Se tratará de formar en suma una generación de espíritu liberal, que asegure la pervivencia del nuevo régimen.

Esta finalidad política se advierte en los planes educativos de la primera mitad del siglo. Cada una de las situaciones, ya moderadas, ya progresistas; cada uno de los gobiernos hará desde ahora su correspondiente reforma de la instrucción pública.

Gil y Zárate, historiador de estas reformas pedagógicas (y uno de los principales autores del Plan de 1845) no se recata en subrayar repetidas veces a lo largo de sus tres volúmenes la importancia de la finalidad política de las mismas:

> La cuestión de enseñanza es cuestión de poder; el que enseña, domina, puesto que enseñar, es formar hombres y hombres amoldados a las mismas vías del que los adoctrina.

En este grupo de preocupaciones, captado inmediatamente por los intelectuales de Salamanca, la Universidad elaborará a petición de las propias Cortes de Cádiz un luminoso informe: para la renovación total de la enseñanza en el país (informe sobre el que hemos dirigido un interesante trabajo de licenciatura): «El objeto que más ha procurado la atención de la Universidad —dice el Plan— es formar tal unidad de ideas y sentimientos en el espíritu público que produzcan y hagan generales e inalterables el respeto y el amor debido a las leyes del estado, a la Religión, al Rey y a la forma de Gobierno.»

El informe contiene avances impensables por la fecha en que se escribe, 1814. Propone la generalización de la enseñanza —hasta entonces restringida a una élite— mediante el establecimiento de escuelas en todos los pueblos, parroquias o concejos de la monarquía.

Propone también, con un extraordinario sentido práctico y realista, el establecimiento de enseñanza de agricultura y mecánica porque, entendía la Universidad, que tales enseñanzas «eran las más adecuadas a un país esencialmente agrícola». Sugiere un sistema de evaluación, que andando el tiempo sería el normal, a base de un libro escolar llevado por cada alumno y controlado por los ayuntamientos. Y que la concesión de los derechos políticos de los españoles estuviesen en relación a su reconocida capacidad «de leer, escribir y contar», y para que nadie pudiese abusar de la ignorancia de los electores en potencia —alusión clara al caciquismo imperante ya en toda Europa y especialmente en España— recién estrenado el régimen democrático.

El informe se pronunciaba asimismo por la no proliferación del número de universidades y salía al paso de la facilidad con que se proveían por el Estado los empleos y cargos públicos de la enseñanza, sin garantía de conocimientos especiales,

BOLETÍN AEPE Nº 26. María D. GÓMEZ MOLLEDA. Proyección cultural de la Universidad de Salamanca: Jalo...

Centro Virtual Cervantes

favoreciendo así la ignorancia —se dice textualmente— «con perjuicio de los hombres verdaderamente ilustrados».

Finalmente debemos subrayar, por la mentalidad moderna que el hecho revela, que el centro del programa de estudios propuesto por la universidad era el hombre: «Lo que la Universidad quiere enseñar es principalmente la ciencia del hombre. El conocimiento del hombre vivo, el análisis de sus ideas, y el origen y resortes de sus afectos y pasiones.»

La disciplina base era, pues, la que el plan llama fisiología o verdadera metafísica «que puede llamarse —precisan los autores— con su propio nombre antropología como lo han comenzado a designar los alemanes». Remataba el plan el estudio de la naturaleza y el estudio de la religión.

Conscientes del avance que suponía, el proyecto concluía con las siguientes frases: «Conociendo la Universidad que un plan nuevo de enseñanza que suprime Universidades, hace variaciones en las cátedras y asignaturas... no puede menos de producir dudas y contiendas, llama la atención del Legislador, para que el plan no produzca ni alarma general, ni resulte esperanza engañada.»

El informe estaba firmado por el propio rector Martín Hinojosa, por el secretario de la Universidad don José Ledesma y por cinco profesores más.

Muy interesante sería el comentario de lo que este informe supuso para los planes de instrucción pública posteriores y como el movimiento de ideas salmantino sobrevive a lo largo del tiempo para ejercer una decisiva influencia en las estructuras educativas del país, pese a la dialéctica reformista —antirreformista que caracteriza la vida pública del ochocientos.

Ahora bien hemos de reconocer que las reformas caminaron lentamente y que la juventud española de la primera mitad del siglo no colmó las esperanzas del grupo innovador. Lo mismo Alcalá Galiano que Mesonero Romanos, dos testigos excepcionales de su tiempo, nos ofrecen datos expresivos, que no dejan lugar a dudas sobre el talante juvenil del momento. Sus textos inducen a la reflexión. No ha seguido en España una evolución normal la juventud «útil» y «ciudadana» que se quiso formar. La guerra de la independencia aventó por los campos de batalla a la juventud estudiantil. Y es un tipo de hombre joven, bastante alejado del que se quiso lograr el que impera. Juventud de posguerra con todos los caracteres de tal. En ella aparecen en una inmensa gama de tonalidades las distintas clases de calaveras, lechuginos, elegantes y pollos descritos por Larra en sus artículos de costumbres.

De esta juventud saldrán, improvisados, pese a las esperanzas de los reformadores los dirigentes y gobernantes de la primera mitad del siglo. Mesonero Romanos nos hace notar en sus expresiones la falta de preparación política y de madurez en las ideas de estos jóvenes que llegan a los puestos clave de la sociedad.

> Aquella juventud alegre, descreída, frívola y danzadora, con el transcurso de los años, la experiencia de la vida y las revueltas de los tiempos, se convirtió luego en representante de las nuevas ideas de una nueva sociedad.

Unos se dedicaron a las armas, como Córdoba, Concha, Narváez, O'Donnell; otros, al cultivo de las letras, como Gil y Zárate o Ventura de la Vega: muchos descubrieron dotes excepcionales para la oratoria tribunicia, como Olózaga, Escosura y González Bravo. Y todos, ésta es la verdad, se encontraron de la noche a la mañana improvisados políticos y hombres de gobierno.

Esta juventud no llegó a formarse seriamente para la política, ni tomó conciencia de su responsabilidad social pero, una minoría importante sí adquirió, terciado el ochocientos, un singular espíritu de *oposición y resistencia a todo lo muerto y caduco.*

Centro Virtual Cervantes

Valdría la pena seguir los pasos a esta minoría formada en Salamanca y en otras universidades españolas.

Como también valdría la pena detenernos a considerar otros aspectos de la influencia cultural de la Universidad salmantina en el siglo XIX —como su crítica al proyecto del código civil del país—, o la importancia del esfuerzo hecho por profesores y alumnos para librar al estudio salmantino del centralismo estatal (a consecuencia del plan de instrucción pública del 1857), y del sitio económico impuesto por el Estado a las universidades de provincia. Se pueden recorrer las lecciones inaugurales de curso de determinados profesores salmantinos, que son claro exponente de sus «pronunciamientos» académicos —valga la expresión— frente a estos abusos, aprovechando el eco y la mayor audiencia que la ocasión de apertura de curso podía prestar a sus ideas. La universidad en la voz de sus catedráticos se lamenta, y con razón, del centralismo de Madrid, que lo absorbe todo. Es entonces cuando comienza a aparecer el fenómeno del resentimiento de las provincias —no ajeno a movimientos que están en la mente de todos— y la práctica del *guadalajarismo* que en nuestro lenguaje social corresponde al cómodo uso de residir en Madrid sirviendo puestos en las provincias inmediatas. Confundir la capitalidad con la nación toda, fue un error que ya apuntó Espronceda a Mendizábal, y que repite nuestra universidad al criticar al gobierno: «Por la capital ha juzgado de las provincias...»

Entre tanto la vida de las provincias y de las universidades de provincias cambia profundamente. Sin la potencia de la antigua vida académica universitaria, las provincias se convierten en pueblos grandes. En 1857, el autor de la Ley Universitaria de este año, Claudio Moyano, podía decir con razón: «En rigor no hay más universidad que la de Madrid»; a las demás «se les llama universidades aunque en su esencia no les queda de esto más que el nombre». Y ciertamente sin el esfuerzo de algunos prohombres salmantinos —como el padre Cámara— la universidad de Salamanca habría desaparecido. Pero aquí, en Salamanca como ha escrito el profesor Echevarría «se plantearon las batallas que en Madrid se ganaron».

Podíamos llamar la atención sobre otro hecho universitario importante y paradójico de nuestro siglo XIX. Mientras la universidad salmantina lucha contra la muerte frente al centralismo educativo, crecen pujantemente fuera de nuestras fronteras las universidades hispanoamericanas que a imagen y semejanza de la de Salamanca —con los ojos puestos en nuestros Estatutos, como ha demostrado una investigación reciente— florecen y se desarrollan espléndidamente.

Pero hemos de pasar forzosamente a otro momento clave de nuestra historia. El del 98, la mañana del siglo XX, como diría Ortega.

La Universidad de Salamanca y las crisis modernizadoras del siglo XX. El 98

Evoquemos ahora la presencia de la Universidad de Salamanca en las crisis en que el país sigue viviendo trágicamente su camino hacia la modernidad.

Durante las últimas décadas del siglo XIX, las cosas han cambiado mucho en España. En esa etapa a la que Galdós llamó, con evidente mal humor, la etapa de los *años bobos* se ha ido formando una nueva juventud, distinta por su estilo humano y por su modo de pensar, a la que antes describíamos de mitad del siglo.

La juventud universitaria ha comenzado a lanzarse a las bibliotecas, a los laboratorios, al ateneo. Ha comenzado a salir al extranjero, a especializarse, a tomar

BOLETÍN AEPE Nº 26. María D. GÓMEZ MOLLEDA. Proyección cultural de la Universidad de Salamanca: Jalo...

Centro Virtual Cervantes

parte en Congresos y reuniones internacionales. Ha empezado a librarse, en fin, de los anatemas que sobre ella lanzaba Baroja *(Juventud, egolatría)*, Azorín (*Literatura,* 1896), el propio Unamuno *(La juventud intelectual española)* y sobre todo Giner de los Ríos *(La universidad española)*. Los jóvenes se han hecho buenos literatos, pensadores, científicos, políticos. Algunos se integran en los cuadros intelectuales de la España de la Restauración.

Marañón en sus *Ensayos liberales* evoca placenteramente el intento de convivencia entre los españoles que supuso aquella España de Cánovas, y la brillantez de sus figuras: «Vivíamos —escribe— una existencia elísea: Si íbamos a la universidad podíamos oír la palabra viva de Menéndez y Pelayo, de Giner, de Cajal. Si abríamos el periódico recogíamos el pensamiento recién alumbrado de Ganivet y de Unamuno. Si entrábamos en el Ateneo escuchábamos a Cánovas y a Castelar. El libro recién puesto en los escaparates era de Galdós, de Alarcón, de Pereda, de Valle-Inclán... En las exposiciones se presentaban los cuadros, de Rosales, Sorolla, de Romero de Torres... En las Cortes hablaban Maura y Canalejas. ¿Qué otro país en la misma época —concluye Marañón— podría presentar una legión parecida?»

De pronto sobrevino el desastre del 98. España se quedó como anodadada «sin pulso». Hasta que como es sabido, empieza en el país lo que Azorín con frase certera ha calificado de «feroz análisis de todo» en guerra con el convencionalismo, y vacuidad de la vida política de la Restauración. Aunque los ojos implacables de los hombres del 98 van mucho más allá de lo formal, hasta el alma misma de España, en busca de terreno sólido en donde hacer pie.

Y es aquí en Salamanca, durante los Juegos Florales organizados en 1901, donde Joaquín Costa, una de las voces representativas del desastre en lo político —y en lo educativo—, pronunció ese discurso formidable que yo calificaría de «apelación a los otros hombres del 98», los hombres que silenciosamente, sin palabras y sin voz, tenían el futuro de España en las manos. Al despedirse de Salamanca, Costa animaba a su auditorio a no instalarse en el dolor y en el inmovilismo de la derrota, y a volver a tomar el peso de los hombres renovadores, entre los que citaba expresamente a figuras de nuestra universidad, a Vitoria y Antonio Agustín, Muñoz Torrero, Quintana y Nicasio Gallego y a todos esos en cuyos pensamientos y en cuyas obras «podrían haber tomado rumbo... los creyentes en una España nueva». «El honor y la seguridad de la nación —clamó Costa entonces ante los ciudadanos salmantinos— están en manos de los que aran la tierra, de los que cavan la viña, de los que arrancan el mineral... De los que estampan los libros, de los que acaudalan la ciencia, de los que hacen los hombres y los ciudadanos educando a la niñez...»

España tenía que mudar de piel, romper los moldes viejos, sufrir una transformación honda y radical de todo su ser, y realizar una revolución interior, hecha dentro de cada español, de cada familia, de cada localidad. Deberá también hacer «reformas profundas en el régimen de la enseñanza y la educación nacional», desde la escuela a la universidad.

¿Será necesario recordar aquí, el coraje con que don Miguel de Unamuno, catedrático en esta universidad, desde 1891, y rector de las mismas a partir de 1900 se puso a la tarea, aceptando este mensaje de *realismo* de Costa?

Porque una cosa es estudiar y el gran don Miguel —escritor del 98 del que obviamente no voy a hablar aquí—, y otra, pensar en el don Miguel *docente* empeñado en llevar a la universidad —en línea con el estilo reformista que estamos evocando— por cauces capaces de forjar hombres a la altura de la cruda realidad por la que el país atravesaba. Los «otros» hombres del 98, realistas, pegados a la tierra y a sus posibilidades cercanas y modestas, pero eficaces para la reconstrucción del país:

Centro Virtual Cervantes

«Nos hacen falta *muchos hombres* —clamará don Miguel en 1902— y no sólo uno —clara alusión a la tentación del mesianismo—, y hombres que sean otros.»

»... Los necesitamos no ya nuevos, sino más nuevos, novísimos, renovados...» , concluía don Miguel.

Hombres empapados de realidad, transidos de la vida popular auténtica, capaces de unir en sí mismos, la España oficial, brillante y artificiosa, con la España real, ignorada y vital: «Los jóvenes que acudís hoy a estas aulas —dirá en su discurso de apertura de curso 1900-1901— tenéis que interrogar a la realidad misma que se abre liberal a quien la invoca... En la vida común que os rodea, en lo que sucede en la plaza, en el mercado, en la feria, en el templo, en el hogar o en la campiña, late el pasado más vivo aún que en todos los libros... ¿Sabéis como vive el labrador vecino, o por qué cultiva trigo y no otra cosa y cómo paga su renta y su parte al fisco y cómo se gana la vida?»

Aprended a ver a través de los libros la vida y no la vida a través de los libros...

En busca de una universidad conectada con la realidad, don Miguel ejerce el sagrado deber de la crítica, a los profesores, a los métodos, a los programas, a los manuales, a los hábitos intelectuales, y a la cultura universitaria ahí donde la encuentra petrificada. No hay renovación posible de la universidad para él, si ésta no entra en contacto directo con la realidad viva.

Desde el Rectorado, enlazando con lo mejor del esfuerzo universitario salmantino, estará dispuesto a la reforma sin pausa y con prisa: «Dentro de unos días, escribe a poco de ser nombrado Rector, voy a Madrid a ver al Ministro, y si puedo haré en esta Escuela la *revolución desde arriba*. Entonces procuraré verle.» La carta está dirigida a Giner de los Ríos, que como es sabido, veía en la renovación educativa la mayor esperanza para el futuro del país.

Revolución desde arriba que en el contexto mental de don Miguel, quería decir, por un lado, hacer reformas desde la alta administración, y, por otro, darse personalmente, ser un pródigo espiritual, un agitador de espíritus, para promover en cada uno, la *revolución interior* que sugería Costa y sacudir la inercia y el vacío de una educación no sólo falta de realismo sino ayuna de auténticos contenidos.

La Universidad de Salamanca a través del rector Unamuno, comparece insistentemente en las asambleas universitarias que se organizan a nivel nacional durante las primeras décadas del siglo XX, en busca de un nuevo modo de enseñanza, de una nueva manera de hacer ciencia y de ejercer la libertad de investigación científica y la autonomía docente que nuestra universidad había preconizado hacía un siglo:

> Un reducido número de maestros prestigiosos, reconocidos obreros de la cultura, basta para afirmar un centro docente, diría el rector Unamuno. Cuando el profesorado universitario haya conseguido verter nuevo vino de espíritu docente, en el viejo odre de nuestras universidades actuales, sólo entonces será posible una modificación de raíz en el régimen legal de la enseñanza... La salud está en nosotros los profesores y antes debemos pensar en lo que nos cumple dar que no en lo que hayamos de pedir.

Este espíritu reformista de Salamanca, durante los años críticos del 98, empalma con los planes también renovadores de la generación del 15. Es don Miguel quien hace de correa de transmisión entre ambas por lo que respecta a Salamanca. Azorín recuerda que el cambio generacional se ha producido:

> Otra generación ha llegado. Hay en estos jóvenes más sistema, una mayor preocupación científica. Saben más que nosotros... dejémosles paso.

BOLETÍN AEPE Nº 26. María D. GÓMEZ MOLLEDA. Proyección cultural de la Universidad de Salamanca: Jalo...
Centro Virtual Cervantes

Es la generación de Ortega, catedrático de Filosofía de Madrid; de Menéndez Pidal, de Filología; de Américo Castro, de Historia de la Lengua; de Sánchez Albornoz, catedrático de Historia de España, de Ramón y Cajal; de Julián Rivera; de García Morente; de Flores de Lemus; de Rivera Pastor; de Adolfo Posada. En los ámbitos universitarios y extrauniversitarios más escogidos —la Junta de ampliación de estudios, el Ateneo de Madrid, la redacción de la *Revista de Occidente* y el diario *El Sol,* las estancias de la Residencia de estudiantes (la Colina de los Chopos como la llamará Juan Ramón) se ha ido engrosando el nuevo fermento intelectual, el núcleo de jóvenes catedráticos y de hombres de profesiones liberales dispuestos a llevar a cabo una pedagogía desde arriba. Desde arriba, desde las estructuras de poder, como dijera Unamuno, la minoría intelectual querrá ahora encargarse de la educación de la masa, tal y como Ortega expuso en su célebre conferencia *Vieja y Nueva política.*

Las campañas de Unamuno y de los catedráticos y estudiantes que con él colaboran (Elorrieta, Onís, Sánchez Rojas, entre otros), en la ciudad y en la provincia en pro de la renovación universitaria, son seguidas por los intelectuales madrileños con gran interés. Un discípulo le escribe a Unamuno desde Madrid:

> Giner, la Junta entera y el Instituto, entusiasmados con nuestras cosas de Salamanca, es ya frase en Madrid, que *la única esperanza de España, es ya la universidad de Salamanca...* Ortega me ha dicho hoy que realmente lo único que se ha hecho únicamente en España es lo de Salamanca.

La Universidad de Salamanca, en la etapa de la Dictadura a la República

La integración de nuestra universidad, el proceso de modernización del país, llega ahora a momentos sumamente críticos y delicados para el historiador. Hasta aquí el interés y el esfuerzo por un hombre español menos hidalgo, más *útil,* más *ciudadano* y más *realista.* Ahora se plantea en el país una cuestión todavía más radical. A lo largo de esa docena de años de nuestro siglo XX, que van de 1923 a 1936, se plantea el problema de la defensa de los derechos inherentes a la condición humana; de la conservación de las libertades fundamentales del hombre y del ciudadano.

Durante los años veinte y treinta —la universidad, en último término— yo me atrevería a decir, que la enseñanza sigue siendo el tema de los temas en la vida española, tanto en la etapa de la Dictadura de Primo de Rivera como durante el intento fallido de democracia que fue la segunda República española.

En el caso de Unamuno frente a la Dictadura, eje político de la campaña de oposición contra ella, tal vez no se pueda estar de acuerdo con don Miguel en lo que dijo y en cómo lo dijo. Es la etapa más polémica, bien lo sabemos, de su figura y de su obra: «Llegó a la desmesura» apunta Julián Marías. Pero no obstante el hecho de *alzar la voz,* en aquellos años apremiantes, sí tuvo un significado profundo y valorable, como lo tuvo el que un grupo de catedráticos y alumnos de la Universidad de Salamanca la *alzase a su vez,* aunque como en el caso del propio don Miguel tengamos que hacer abstracción de las inevitables secuelas de intriga política y apetencias inconfesables que toda situación, como la que se produjo en la España de la Dictadura, lleva consigo.

Hubo prestigiosas voces en nuestra universidad, que tampoco dejaron pasar la ocasión, de protestar contra los ataques a la libertad, la veracidad y la autonomía

Centro Virtual Cervantes

personal. Independientemente de que don Miguel se convirtiese en noticia política, ahí están las manifestaciones de una buena parte del claustro; enlazando con lo que ya era tradición universitaria, si se mira el recorrido histórico que acabamos de hacer, desde el siglo XVIII. La Universidad de Salamanca había incorporado como parte irrenunciable de su vocación intelectual, la costumbre de interesarse y responsabilizarse por los derroteros de la vida pública española.

En este sentido, hemos de interpretar la actitud de un puñado de salmantinos, resistiéndose a determinadas medidas reduccionistas de la enseñanza por parte del Gobierno y a emitir determinados informes, con objetivos nada claros, tal y como ha puesto de relieve un reciente trabajo de tesis de licenciatura:

> Mientras dure el actual régimen de excepción, suspendidas las garantías constitucionales y restringida la libertad de pensamiento y de libre crítica, no debe la universidad, centro de la verdad y de la investigación, ni informar, ni asesorar cosa alguna, sino aguardar en silencio la suerte que se le reserve por el poder público.

De nuevo la Universidad de Salamanca se aglutinará en torno a los profesores y estudiantes que reclamaban insistentemente libertad de enseñanza, libertad de aprender, y libre espíritu de crítica. El cierre de determinadas aulas salmantinas juntamente con las de Murcia, Oviedo, Santiago, Sevilla y Valladolid, dice bien de la coherencia de nuestra universidad con sus ideas de siempre.

Bajo la segunda República como es bien sabido cobró ritmo la reforma educativa del país. Se unieron entonces momentos de ilusión y de alegría con los nuevos planes de enseñanza que rigieron entre los años 1932 y 1936, sobre todo en la Facultad de Filosofía y Letras.

Salamanca creyó al fin que había llegado una nueva etapa para la universidad. Don Miguel de Unamuno pensó que «la verdadera revolución», «la honda, la de la conciencia pública, se iba abriendo camino por más dentro de las capas que podríamos llamar políticas de la población española» y que iba a ser un hecho el ascenso a la conciencia pública y ciudadana de los íntimos anhelos del pueblo.

Tuvo el valor años más tarde de escribir la frase: «Nos equivocamos»: la batalla de ayudar a la universidad a cumplir su misión tenía que comenzar otra vez. Volvería a repetirlo años más tarde, casi ya al borde de la muerte. De nuevo, estaba iniciada la batalla por la dignidad del hombre, por el *convencer* antes que el *vencer*, fuera éste de derechas o de izquierdas.

Este recorrido por la historia contemporánea de la Universidad de Salamanca, aunque haya sido tan someramente hecho, nos autoriza a enlazar con las ideas que expresábamos al comienzo de estas palabras.

La cultura establecida en todas las latitudes, en un momento dado, puede estar influida por la tiranía de la regla y la inercia del uso, tal fue el caso de la cultura española en momentos críticos de su historia.

Si reconocemos la necesidad de un esfuerzo continuo de transgresión reflexiva de esa misma cultura, por parte de los intelectuales, que garantice en una sociedad la existencia de la libertad crítica, y el respeto a la autonomía del espíritu humano, fácil es concluir nuestro balance sobre la proyección cultural del estudio salmantino. Una proyección que en su quinta esencia ha consistido en *alzar la voz*, como ejercicio de acción cívica universitaria, de responsabilidad ante los problemas culturales, y en su último término, políticos del país.

¿Que no debe entrar la Política en la universidad?, diría don Miguel de Unamuno, en su lección de despedida del año 1934. «Según a qué se llama política, y a qué se llama universidad.»

Política de partidos, de discordias políticas no. Pero Política con mayúscula, es

BOLETÍN AEPE Nº 26. María D. GÓMEZ MOLLEDA. Proyección cultural de la Universidad de Salamanca: Jalo...

Centro Virtual Cervantes

decir Política de «civil», de civilización esa sí: «Triste y menguado el porvenir de España si estos templos civiles de la cultura patria, se achican y oscurecen, en oficinas de facultades profesionales, para ganarse la vida.»

La universidad testigo de civilización y de cultura, está obligada —añadía el rector Unamuno—, a dar la vida por la palabra, *«por la libertad de palabra»*.

Concluyamos pues con don Miguel que la Universidad de Salamanca si ha de ser fiel a sí misma, tendrá que seguir investigando, estudiando, trabajando y *hablando*. Porque la cultura en parte se hereda, pero en parte hay que conquistarla mediante el pensamiento renovador y la palabra libre.

BOLETÍN AEPE Nº 26. María D. GÓMEZ MOLLEDA. Proyección cultural de la Universidad de Salamanca: Jalo...
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes